XII

Juliano debía tomar en Atenas el hábito de monje profeso.

Una fresca mañana de primavera, apenas salido el sol, Juliano, después de asistir á los maitines en la iglesia, caminó varios estadios por las orillas del Iliso, cubiertas por los plátanos y las viñas silvestres.

No lejos de Atenas había descubierto un sitio solitario en la ribera del torrente que allí corría mansamente por el arenoso cauce. Desde aquel punto admiraba las rojizas rocas del Acrópolis, y las soberbias líneas del Partenon á penas alumbrado por la aurora.

Juliano descalzo y con los pies desnudos siguió el curso del Iliso. El aire estaba impregnado del aroma de las flores y de las uvas.

Juliano, se sentó junto á un plátano, sin sacar los pies del agua. Abrió el *Fedro* y se puso á leer. Sócrates en su diálogo decía á Fedro:

—Volvamos por esta parte y sigamos el curso del Iliso. Buscaremos un sitio solitario para descansar.

Fedro.—Por fortuna, esta mañana no me he calzado, y tú, Sócrates, llevas constantemente los pies desnudos. Podemos caminar por el cauce del torrente. Mira; el agua es aquí tranquila y transparante.

Sócrates.—¡Por Palas! he aquí un sitio maravilloso. Debe de estar consagrado á las ninfas y al dios Aqueloe á juzgar por estas estátuas. ¿No te parece que aquí la brisa es más suave y perfumada? Aquí, hasta el mismo canto de los grillos tiene un no se qué de dulzura que hace pensar en el estío. Pero lo que más me place es la altura de la hierba.

Juliano paseó sonriente la mirada, todo estaba como ocho siglos antes. Los grillos comenzaban su canto...

—¡Sócrates ha pisado esta tierra!—pensaba.—Y se inclinó para besar con fervor aquella tierra sagrada.

—Buenos días Juliano. Has elegido un rincón delicioso para leer. ¿Me permites que me siente á tu lado?

—Siéntate y me causarás placer. Los poetas no violan la soledad.

Juliano miró al escuálido personaje, cubierto con un manto desmesuradamente largo, el poeta Publio Porfiro, y pensó:

—Es tan pequeño, tan flacucho que se podría creer que no ha de tardar en transformarse en saltamontes según el mito de Platón relativo á los poetas.

Publio, como los saltamontes, sabía vivir, casi sin alimentarse; pero los dioses no le habían concedido el poder de despreciar el hambre y la sed. Su rostro terroso, afeitado, sus labios lívidos, conservaban la huella del hambre nunca saciada.

—¿Por qué llevas un manto tan largo, Publio?—le preguntó Juliano.

—No es mío,—respondió el poeta con filosófica indiferencia.—Comparto una habitación con Hefestion, un joven que ha venido á Atenas para estudiar la elocuencia. Será un excelente abogado. Pero entretanto es pobre como yo, pobre como un poeta lírico, ¡que es cuanto puede decirse! Hemos vendido nuestros vestidos, los muebles, hasta el tintero... Solo nos queda un manto para los dos. Por las mañanas salgo yo y Hefestión estudia á Demóstenes; por las tardes se pone él la clámide y yo escribo versos. Desgraciadamente no tenemos la misma estatura. Pero ¡qué importa!... ¡Me paseo como los antiguos troyanos con amplia vestimenta!

Publio rió de buena gana, y su rostro terroso tomó triste expresión.

—Ya ves Juliano,—continuó el poeta,—ya tenía echadas mis cuentas confiando en la muerte de una viuda de un riquísimo propietario romano. Los dichosos herederos me encargaron un epitafio que debían pagarme con esplendidez. Desgraciadamente la viuda, pese á los vaticinios de los doctores y á los cuidados de los herederos, se empeñó en no entregar el alma. A no ser por este contratiempo

haría días que me hubiera comprado un manto... Oye Juliano, vente en seguida conmigo.

—¿Dónde?

—Ten confianza y me regraciarás.

—¿Algún misterio?

—No preguntes nada, levántate y vamos. El poeta no hará ningún daño al amigo de los poetas. ¡Verás á la diosa!

—¿Qué diosa?

—Artemisia cazadora.

—¿Un cuadro? ¿Una estátua?

—Mejor que eso. Si amas la belleza, toma tu manto y sígueme.

Publio tenía un aire misterioso tan seductor, que Juliano fué vencido por la curiosidad.

—Una condición: No has de decir cosa alguna ni has de admirarte de nada. Si tal no hicieras, desaparecería el encanto. En nombre de Calíoope y de Erato, fíate de mí. Estamos á dos pasos del sitio, y para que el camino se nos haga más corto, te leeré el principio del epitafio de la propietaria.

Salieron á la carretera polvorienta.

Herido por los primeros rayos del sol el escudo de acero de Minerva Atenea, lanzaba reflejos sobre el Acrópolis teñido de rosa. A lo largo de las barreras, las piedras ocultaban arroyuelos que serpenteaban bajo las higueras; los grillos hacían oir su agudo canto, rivalizando con la ronca voz del poeta, que leía su epitafio.

Publio Porfiro tenía talento, pero su vida había sido en extremo accidentada. Varios años antes poseía una linda casita, verdadero templo de placeres, en Constantinopla, no lejos del arrabal de Cal-

cedonia. Su padre, vendedor de aceites, le había dejado una fortunita que debía permitirle vivir sin estrechez. Pero Publio adoraba el antiguo helenismo, y se revolvió contra lo que él llamaba «el triunfo de la esclavitud cristiana.» Escribió un poema atrevido que disgustó al emperador Constancio, molestado por una alusión. No fuè perdonado. Los castigos cayeron sobre el poeta; su casa y sus bienes fueron confiscados y á Publio se le desterró á una de las islas desiertas del archipiélago, en la que no había más que rocas, cabras y fiebres. Publio no soportó la prueba, y maldijo á sus ideas liberales, dispuesto á hacer olvidar su falta á toda costa.

Devorado por la fiebre, durante las noches de insomnio escribió un poema glorificando al emperador, con ayuda de las sentencias de Virgilio; y los versos del poeta antiguo se combinaron de tal suerte que formaron una obra nueva. Aquel ingenioso rompe cabezas gustó en la corte. Publio había adivinado el espíritu del siglo.

Entonces acometió trabajos de mayor empeño y fuste.

Escribió un ditirambo á Constancio, compuesto de versos de diferentes medidas, que formaban figuras enteras, tales como una flauta de Pan, un órgano hidráulico, un altar de sacrificios, cuyo humo estaba representado por frases desiguales. Pero como maravilla de habilidad, había encontrado el poema cuadrado de veinte y cuarenta hexámetros. Algunos versos estaban escritos con tinta roja, y reunidos se transformaban en anagrama de Cristo, en flores, en arabescos y formaban otros versos con

nuevas complicaciones. Por fin, los cuatro últimos hexámetros se podían leer de dieciocho maneras diferentes, por el principio, al final, de arriba á bajo, etc., etc., y de todos modos formaban una alabanza del emperador.

El pobre poeta había estado á punto de perder la razón, mientras terminaba su obra, pero en cambio su victoria fué completa, y Constancio se entusiasmó. Le parecía que Publio había sobrepujado á todos los poetas de la antigüedad, y de su puño y letra le escribió una carta asegurándole su protección. La carta terminaba con estas palabras: «En nuestro tiempo, mi gracia, semejante al encalmado soplo de los céfiros, acaricia á todos los que escriben versos.»

Sin embargo, no se le devolvieron al poeta los bienes confiscados; únicamente se le dió algún dinero y la autorización de salir de la isla desierta para habitar en Atenas.

Allí llevaba triste existencia. El palafrenero de las cuadras del Circo, vestía lujosamente en comparación con Publio.

En compañía de enterradores, de comerciantes sospechosos, de organizadores de fiestas nupciales, pasaba días enteros en las antecámaras de los señores ignorantes, para lograr el encargo de un epitalamio, de un epitafio ó de una epístola amorosa. Esto le producía muy poco, pero no se desalentaba, esperando poder ofrecer un día al emperador un poema que le volviera á su gracia por completo.

Juliano advirtió que, á pesar de su envilecimiento, Porfiro guardaba en su corazón amor profundo á la Helade. Era un raro apreciador de la poesía griega, y Juliano conversaba gustoso con Publio.

Dejaron ia carretera y se aproximaron al elevado muro de una palestra. Alrededor todo estaba desierto. Dos corderos negros pacían. Cerca de la puerta cerrada estaba un carro, al que estaban enganchados dos caballos cuyas crines estaban cortadas al rape, como las de los caballos de los bajos relieves. Un esclavo viejo guardaba el carro. Era sordo-mudo y muy complaciente.

En seguida reconoció á Publio, á quien hizo un amistoso signo con la cabeza, designándole la puerta cerrada de la palestra.

—Dame una moneda para el viejo.

El esclavo tomó el dinero y abrió la puerta, con serviles cortesías y gemidos que demostraban su satisfacción.

Entraron en un obscuro y largo peristilo. Entre las columnas se veían los *ksystes*, galerías destinadas á los ejercicios atléticos. Las galerías estaban recubiertas de hierba en lugar de arena. Los dos amigos penetraron en un amplio pórtico interior. El misterio acicateaba la curiosidad de Juliano. Publio le conducía por la mano sin pronunciar ni una palabra.

El segundo pórtico comunicaba con los *exedros* color de mármol, cubiertos, donde se reunían los oradores. Sobre la crecida hierba revoloteaban zumbando las abejas. Reinaba profundo silencio y ninguna tristeza. De pronto se oyó una voz de mujer, seguida de un disco que chocaba contra el mármol.

Recatándose como ladrones, Juliano y Publio se

ocultaron en la penumbra, formada por las columnas del eleofesión, lugar donde los antiguos luchadores se untaban el cuerpo con aceite.

Desde el escondite descubrían el efebión, lugar cuadrangular y descubierto, destinado al juego del disco.

Juliano miró y retrocedió un poco maquinalmente.

A veinte pasos de èl estaba una joven completatomente desnuda. Con una sola mirada abarcó todo su cuerpo maravilloso. Tenía un disco en la mano.

Juliano pensó en alejarse, pero vió en los ojos de Publio y en todo su lívido rostro tal expresión de entusiasmo, que comprendió que el adorador de la Hèlade no había tenido ningún pensamiento lujurioso al llevarle á aquel sitio. Su admiración era sagrada.

Publio estrechó la mano de Juliano, murmurando:

—¡Mira! Hemos retrocedido nueve siglos en un momento; estamos en la antigua Laconia. ¿Te acuerdas de los versos de Propercio?

Multa tua, Sparte, miramur jura palestre
Sed mage virginei tot bane gymnassii,
Quod non infames exerciret corpore sudos
Inter lucutantes nuda puella viros!

—¿Quién es?—preguntó Juliano.

—No lo sé; nunca he querido saberlo...

—Está bien. Calla.

Y Juliano miraba ávidamente á la jugadora de disco, sin vergüenza, comprendiendo que era indigno de un filósofo enrojecer.

La joven se alejó algunos pasos, inclinó el cuerpo hacia adelante, avanzó la pierna izquierda, tomó impulso y con un movimiento de todo el cuerpo lanzó tan alto el círculo de metal, que fué iluminado por el sol levante y cayó golpeando en la última columna. Juliano creía estar viendo una estatua de Fidias.

—Ha sido el mejor tiro,—dijo una muchacha de doce años, vestida con rica túnica, que estaba cerca de la columna.

—Myrra, dame el disco,—replicó la jugadora. —Quiero tirarlo más alto todavía. Ahora verás, Meroé; aléjate, no te hiera como Apolo hirió á Jacinta.

Meroé, una mujer esclava egipcia, á juzgar por su vestido multicolor y el color de su tez, preparaba en un ánfora de alabastro perfumes para el baño. Juliano comprendió que el carro y el mudo guardián debían ser de aquellas dos apasionadas de los juegos laconios.

Dando por concluído el juego del disco, la joven tomó de las manos de Myrra el arco y el carcaj, del que tomó una flecha empenachada. Apuntó en un círculo negro que servía de blanco, colocado en el extremo del efebión. La cuerda vibró. La flecha partió silbando, y fué á clavarse en el blanco; tiró otra, y luego otra, siempre con el mismo resultado.

—Artemisa cazadora,—suspiró Publio.

De pronto un rayo de sol, deslizándose entre las dos columnas, fué á quebrarse en el rostro y el pecho casi adolescente de la joven. Cegada por la luz arrojó el arco y las flechas y se cubrió el rostro con las manos.

Las golondrinas dando gritos agudos se perseguían por la palestra, perdiéndose en el azul del cielo.

La joven se descubriò el rostro y elevó los brazos para posar sobre la cabeza las manos entrecruzadas.

Sus cabellos rubios, dorados en los cabos, como miel amarilla herida por el sol, perdían entonación hacia la raíz. Los labios se entreabrían sonriendo con placidez, y el sol seguía alumbrando su hermoso cuerpo. La joven permanecía en pie, pura y vestida de luz y de belleza.

—Myrra,—murmuró lentamente.—mira al cielo. Cuando veo á los pájaros volar hacia él, me siento envidiosa.

El sol extendió sus rayos, bañando la cintura de la joven. Esta se estremeció y tuvo vergüenza, como si un sér viviente y apasionado la hubiese sorprendido.

Se ocultó con una mano el seno y con la otra el abdomen, con el eterno y púdico gesto de Afrodita de Cnido.

—¡Meroé, Meroé! Dame en seguida mis vestidos, —gritó con el espanto pintado en sus ojos.

Juliano no pudo recordar nunca cómo había salido de la palestra. Su corazón ardía. El rostro del

poeta era solemne y triste, como el de un hombre que abandona el templo.

—¿No estás arrepentido?—preguntó á Juliano.

—¡Oh, no! ¿por qué?

—Quizás es una tentación para un cristiano.

—No era posible la tentación. ¿No lo comprendes?

—Sí, sí; esa es también mi opinión.

Nuevamente se encontraron en la carretera polvorienta, caldeada ya por el sol, y se dirigieron á Atenas.

Publio continuó dulcemente, como hablando consigo mismo:

—¡Oh! ¡Cómo nos hemos trocado en vergonzosos y deformes! Tenemos miedo de nuestra desnudez, y la ocultamos porque nos sentimos feos è impuros. ¡Y antes, hubo un tiempo en que todo era diferente! Las jóvenes de Esparta salían á la palestra desnudas y orgullosas ante el pueblo. Y nadie temía las tentaciones. Los puros contemplaban á los puros. Todos eran como niños, como dioses. ¡Cuando pienso que eso ha pasado para siempre, y que jamás gozaremos en la tierra de esa libertad, de esa fuerza y de esa dicha!

Publio dejó caer la cabeza sobre su pecho y suspiró tristemente.

Llegaron á la calle de los trípodes y no lejos del Acrópolis se separaron los dos amigos igualmente pensativos y silenciosos.

Juliano entró en la sombra de los Propileos y evitando Stoa Poichilea, y los grabados de Porrasio reppesentando las batallas de Maratón y Sala-

mina, después el pequeño templo de la Victoria Aptera se acercó al Partenon.

No tenía más que cerrar los ojos para ver de nuevo el soberbio cuerpo de Artemisa cazadora. Cuando los abría, el mármol del Partenom alumbrado por el sol parecía vivo y dorado como el cuerpo de la diosa. Y delante de todos, despreciando la muerte, quería estrechar entre sus brazos el tibio mármol calentado por el sol, estrecharle fuertemente y besarle como cosa santa.

A algunos pasos de Juliano, vestidos con obscuros trajes, los rostros pálidos y severos, estaban dos jóvenes, Gregorio de Nacianza y Basilio de Cesárea. Los helenistas los consideraban sus más poderosos enemigos! Los cristianos esperaban que los dos amigos serían un día Padres de la Iglesia.

Los dos miraban á Juliano.

—¿Qué tiene ese joven hoy?—dijo Gregorio.—¿Es su actitud propia de un monje?... ¡Qué movimientos!... ¡Cómo cierra los ojos!... ¡Cómo sonríe!... ¿Cres que su piedad es sincera, Basilio?

—Con mis propios ojos le he visto llorar rezando en la iglesia.

—¡Hipocresía!

—Entonces, ¿por qué nos busca, procura nuestra amistad y discute las Escrituras?

—O se burla ó nos quiere seducir. No le creas... Es el tentador... El imperio romano alimenta en ese joven un gran mal. Es un enemigo.

Los dos amigos se alejaron con los ojos fijos en el suelo. Las severas cariatides de Eseción, el cielo encalmado, el templo blanco de Aptero, los Popyleos, la maravilla del universo, el Partenon, nada

de esto les seducía. No deseaban más que una cosa: destruir todas estas guaridas de los demonios. El sol proyectaba en las losas del Partenon dos descomunales sombras negras de los monjes.

—Quiero verla!—pensaba Juliano.—¡Necesito saber quién es!